

ESTAMPAS DE LA SIERRA 1
LOS MAYOS AL ESTILO BEZAS

Nº 19



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

Los Mayos al estilo Bezas

Queda expresamente prohibida la copia total o parcial de este trabajo, sea cual sea el medio o procedimiento, si se carece de autorización por escrito del autor, que deberá llevar firma de su puño y letra.

Fotografía de portada: *Fotografía aérea de Bezas. Barrio de arriba,
al fondo Pinares de Rodeno, Los Callejones.*

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografías: El autor

IMPRESO EN ESPAÑA - Agosto 2012

PREÁMBULO

Conviene aclarar, que el autor de este cuadernillo que trata de la Fiesta de Los Mayos, lo es del texto en su totalidad, en cuanto a elaboración y la transcripción de las cuartetos que componen Los Mayos que de siempre hemos conocido.

Dicho lo que antecede, añadiré que cabe la posibilidad, de que, junto con otros jóvenes del pueblo, colaboráramos a dar alguna ligera variación en el doble sentido de la interpretación, acomodándolo así un poco más a las comunes “entendederas” de las gentes de tan humildes “prosapias”.

Hemos leído unas novelitas de Manuel Polo Peyrolón no hace mucho tiempo. Pero en aquella ya lejana época, sobre los años 1944 en que uno ya empezaba a mocear, apenas leíamos libros, nos las veíamos y deseábamos para conseguir referencias escritas; se hacía todo al buen tun tun, y, claro, así salían las cosas. Nos las arreglábamos como buenamente podíamos, y así fuimos saliendo de los trances, aunque dejándonos mucha lana en los zarzales; perdimos muchas cosas, ya lo oreo.

* * *

Yo lo recuerdo bien, porque lo oía decir. Acude al tío fulano, él lo sabe de memoria y además lo tiene escrito en un “papel”, pero dice que no lo transmitirá a nadie, que se irá con él a la tumba. Luego resultaba que, como el Sermón de San Antonio, que decían para que apareciesen los animales descarriados sanos y salvos. Y decían que eso resultaba efectivo, porque la fe que ponía, en la “chanza” el sermoneador, que se retiraba a un lugar completamente oscuro entraba en trance estigmatizando a las fieras en sus malos designios. Pero resulta que el Sermón de San Antonio ya estaba entonces a la venta, y otro tanto ocurría con esas zarratracas y aleluyas que tan bien salmodiaban aquellas gentes.

Pues pese a las parodias burlescas y socarronas de las gentes, incluso de buenas entendederas se acudía al señor fulano para que le socorriera. Se tardó mucho en desterrar aquellas “encantadoras” tendencias un tanto brujeriles; y el fulano se llevó a la tumba su secreto, claro.

* * *

En la Fiesta de los Mayor de Bezas, en sus prolegómenos y en su ejecución, siempre gozaron de estupenda colaboración, lo que creo sería igual en los otros pueblos de la Sierra en donde se cantaban. Común sí que era la fiesta, y tenía un mismo significado; pero la Fiesta era privativa de cada pueblo, y en cuanto a la pureza de la misma, no puedo emitir juicios de valor.

Las fiestas patronales, por ejemplo, eran otra cosa. Ahí sí que todos podemos emitir algún juicio y dar fe de lo que ocurría; los pueblos cercanos acudían a disfrutarla, y con claras excepciones en todos la acogida era similar, sana convivencia y diversión.

* * *

Pero la Fiesta de Los Mayos era algo así como la “ropa que debe lavarse en la propia casa”, y para los de casa. Los de fuera no tenían mucho que hacer, condenados al rincón, exclusión sobrevenida de la propia idiosincrasia de la Fiesta. Diríase que los mozos del pueblo andaban muy ocupados en esas tareas amatorias que tanto deseaban.

Así pues, aunque en lo fundamental y los propósitos, en cuanto a Los Mayos, no habría mucha diferencia entre pueblos, según el grado cultural que tenían. Y aunque ahora, lo que se hace en Albarracín anime a ciertos pueblos a recuperar la Fiesta, para conocerla y ponderarla, todo lo que no pase por apoyos económicos y el sugestivo paraguas de la T.V., creo que los intentos no es fácil progresen. Es fácil comprender que lo de Albarracín es otra cosa. Es un caso especial, y apoyos, supongo, no les faltarán.

* * *

Claro, que celebrar la Fiesta al estilo de antes, no creo que les hiciera muy felices, “mola” más ahora; hay que besarse y achucharse, sea en la ronda, en el balcón, lo otro ya no vale. Qué simpleza, sonrojarse una mujer al ver besarse a la chica...

Al ser menos pusilánimes han dado un paso más adelante, lo que ignoro si así son más felices, porque la juventud siempre ha sido celosa de lo suyo. Siempre ha habido intimidades muy queridas y fortalezas muy respetadas, y decían que así debía ser, y ahora suelen decir, tonto el que no lo haga; dejaron atrás las vergüenzas endémicas, ahora no hay «vergüenza», y no es término peyorativo.

* * *

Es muy difícil que en mi pueblo y en otros muchos de la Sierra, tan maltrechos ellos, aunque con su especial encanto, se pueda recuperar la Fiesta de Los Mayos. Como se hacía antes no es posible. El tiempo se llevó los usos y las costumbres; y hacerlas como requieren los nuevos tiempos, pues la verdad, no sé si merece la pena; se perdió el espíritu que la sustentaba.

Comparado aquello con la escenificación de ahora, aunque gane en vistosidad pierde pureza, y no sé si vale la pena, pues a lo mejor se cae en una mayor puerilidad. Las generaciones susceptibles de participar en la Fiesta son incapaces de comprender aquellos valores, –tienen otros, no lo discuto– ya no procuran verse en la fuente cuando son pretendientes a quererse, ni van juntos al huerto, ni al lavadero; ni se ven a la luz de una mortecina farola, ni buscan la oscuridad para “quererse” un “poquitín más”, que era preciso “mantener el fuego” de la pasión. ¿Que todo eso eran ñoñerías? Pues bueno, pero así se arreglaban, y todo eso tenía su encanto.

* * *

Y, dicho lo cual, en absoluto me parece mal lo de Albarracín, lo de Guadalaviar, lo de Gea de Albarracín, y...¿Falta algún otro?

Traer aquello al presente es, al menos, un poquitín reconfortante, se oye con gusto. A la Fiesta de Los Mayos la han puesto de largo, o de minifalda, o de calzón corto; Señor, Señor..., qué cosas...

El Autor/JSV.

Los Mayos de Bezas



PROLEGÓMENOS Y DESARROLLO DE LA FIESTA

No suele haber impedimento de ninguna clase cuando las sesiones de baile nocturnas son para ir perfilando la fiesta de los Mayos, ni por parte de autoridades, ni del señor cura ni de padres aprensivos, ni de sistemas de alumbrado, ni de salón municipal, porque el baile se hará sea donde sea.

¡Ay de aquéllos tremendos años de la larguísima post guerra, de curas cicateros preconciarios y pazguatos, siempre con el dichoso pecado del baile, siempre velando por la pureza de sus amados feligreses; de autoridades susceptibles y paternales, siempre velando por las “virtudes de sus ciudadanos” y protegiéndoles de los numerosos fantasmas...!

Ni el señor alcalde, ni el señor cura, ni las otras autoridades, negarán los correspondientes permisos que reglamentariamente era preciso pedir. Ni es obstáculo la falta de alumbrado, pues se recogerá aceite de casa en casa de los mozos, se hará el baile con candiles. Se acerca el

día treinta de abril, se trata de la fiesta de los Mayos, no habrá quien se atreva a prohibir la fiesta.

Ya alguien se ocupó de distribuir suficientes copias mecanografiadas de los Mayos, que los mozos tararean con alegría y mediana ortodoxia. Durante los ensayos y cuando corre el vino, es frecuente oírles cantar: Esos son tus pechos / son dos fuentes claras, “pa beber a morro” / si tú me dejaras. ¡Pero qué barbaridad, oír semejantes cosas...! ¡Qué rubores en aquellas mozas, y qué ojos de picardía en aquellos mozos...!

Pero no. Ni las mozas ni los mozos eran tontos, claro que no. Las mozas y los mozos “nunca han sido tontos”.

Y LLEGA EL ANSIADO DÍA

Por fin llegó el ansiado día 30 de abril.

Los mozos, los más de ellos, han dado por finalizada su jornada de trabajo antes de la hora normal. Hay que acudir pronto a casa, hay que cenar pronto y fuerte, que aguardan sensaciones y trabajo especial, mucho trabajo; se beberá mucho vino.

Y seguro que los novios se han visto ya esa noche antes de dar comienzo la fiesta –en Bezas y en aquellos tiempos los novios no se veían todos los días– en la fuente o en la puerta de la novia, incluso a pesar del temor al padre de la novia, que no anda muy de acuerdo con la elección de la moza –seguro que la llama a fregar los cacharros y le estorba el rato–.

–Si me quieres bien, –seguro que le ha dicho la novia– me comprarás, aunque no te toque en el sorteo. Ya sabes como anda quien tú sabes que, he dado tantísimas calabazas.

–Pagaré por ti todas las “libras” que sea preciso, –seguro que le contestó el mozo– no te dejaré que estés ni una sola pieza en los brazos de otro –seguro que se ruborizó la novia–.

–Mira, –seguro que le dijo su novia– tú me compras si quieres, pero no gastes mucho dinero. Nos vamos a casar, todo el pueblo lo sabe. Si me compra algún mozo por llevarte la contraria o hacerte pagar mucho, yo bailaré las tres primeras piezas con él y se acabó, deja tú a tu maya y a bailar conmigo todo el día.

* * *

Esta noche treinta de abril no hay baile, pero el salón del Ayuntamiento ha sido abierto mucho antes de lo normal.

Ya están allí los madrugadores, suelen ser los de siempre, sobre todo los que no tienen novia.

Ya están los músicos ensayando, sus guitarras relucientes, con cuerdas nuevas y se comienza a tararear los versos más picarescos, que sin embargo en la puerta de la maya se cantarán con su verdadera letra.

A estas horas primeras de la noche, camino ya cerca de las doce, seguro que la mayoría de las mozas recogieron los cacharros de la cocina, dejaron todo en mejor orden que otros días y están dispuestas para irse a su habitación.

Si los nervios dejan, antes de que llegue la ronda a la puerta, conviene haber pasado ya el primer sueño; pues habrá que pegar el oído a la ventana para oír los Mayos y no perderse el nombre del mayo que le ha tocado en suerte o que la compró –esto último lo sabrá por la mañana–.

Y claro, depende de la suerte, pues quizás ya no pueda dormir en el resto de la noche; porque seguro que hará lo posible por oír el nombre del mayo que le tocó a la vecina.

Y por fin el salón se llenó.

* * *

Llegaron ya casi todos los auténticos mozos, los “mandones” y por contraste junto a ellos llegan temerosos algunos mozalbetes, que se van

quedando a la puerta, hasta que estén todos juntos, para así pasar menos apuros. Porque el paso que piensan dar es muy importante para ellos. Nada menos que “hacerse mozos” en una noche, casi nada.

Porque hasta entonces, cierto es que de vez en cuando solían ir al baile y bailoteaban con las muchachas por el día, pero la noche les estaba prohibida. Pero claro, desde esta misma noche del 30 de abril en que ya se pueden considerar mozos “hechos y derechos”, –aunque lo de hechos es solamente un decir– y con la responsabilidad de un mozo mozo, dejarán de ser unos simples “mocosos” como hasta ahora se les consideraba; ellos, qué caray, ya tienen sus bien cumplidos quince años; algunos ya empiezan a mirar a escondidas a alguna muchacha de su misma edad, y para este año que se rumorea que también habrá mayas muy jóvenes, debe terminar su espera. Ya era hora.

A estos “aprendices de mozo”, en su primer año que compartirán la bota con los mozos, con iguales derechos y mayores obligaciones, porque así fue siempre, se les denominaba de una manera curiosa; se les llamaba “pombos”, curiosa palabra de la terminología local, de claro significado, se trata de los domésticos de la fiesta.

Porque sacrificios costaba a los chavales este ingreso en la “cofradía mozuna”. Ellos serán durante todas las ceremonias de los Mayos los servidores domésticos; sobre ellos recaerán todas las labores y trabajos, serán obreros sin cualificar; son grandes protagonistas en la fiesta y no es muy fácil que reciban compensaciones o plácemes.

Pobres pombos. Qué día les aguarda, con la ilusión que tienen por la fiesta; pero esto hay que pasarlo, es una larga letanía que los más ya se saben de memoria; es su bautizo de guerra, después de esta experiencia no habrá ya más imposiciones y el año próximo ellos mismos experimentarán con los que entren su prepotencia de mozo. Y sin embargo solamente tendrán un año más, qué cosas...

Ya circulan un par de botas de vino entre los mozos, buen vino que el mozo tenía en su casa y lo trae para presumir.

Pero pronto la bota se muestra flácida al tacto y el tocarla ya no supone placer a los ávidos dedos ni al goloso gaznate. No se ven pellejos por los rincones donde llenarla –más de uno con patas se verán dentro de muy poco–. Y retumba en el salón el grito de guerra que es coreado alegremente. –Vino...! –Esos pombos, donde están...! –Vengan esas botas...! La noche está muy fría. Hay que animarse y el vino es un buen compañero, con él se cuenta para poder terminar la ronda.

Es un buen grupo de jóvenes los que entran este año. Han pasado ya la puerta del salón, están dentro, con todos. A alguno ya les apunta el bigote, a otros la barba. Están todos entre sonrientes y un poco asustados –yo lo supe cuando me tocó ser pombo– por la importancia del momento. Todos dispuestos al sacrificio.

–A ver, tres, cuatro seis..., siete pombos hay este año.

Se acercan a los mozos jefes –en los Mayos había que imponer cierto orden– por eso había mozos jefes, que suelen ser mozos mayores, los que siempre han destacado en algo, los mocetones, algún listillo, y hasta algún pequeñajo y esmirriau que siempre se cuele, que se le deja estar en todos los sitios por el mal que da.

Se toma el nombre a estos nuevos mozos y a renglón seguido se les comunica la “manta” que tienen que pagar, dos pesetas cada uno, como primera prueba para tener derecho a ser mozo. Y chitón, que el año próximo se pagará más.

El secretario recoge el dinero –allí se paga todo al contado– y toma nota.

Llamadas de atención para que se haga el silencio. Que se callen esos revoltosos.

Comienza un año más el rito ancestral de los Mayos. No han más formulismos que la palabra y el brazo levantado para hacerse notar.

Cumplido el primer deber, los pombos salen veloces y más tranquilos a la calle; se organizan entre ellos y ejecutan animados las primeras órdenes. Pronto volverán al salón con varias botas llenas y un pellejo grande, aunque para ello hayan tenido que levantar al cantinero, que ya cansado de esperarlos se había ido a la cama.

PROLEGÓMENOS DEL SORTEO

Transcurren esta serie de cosas, cambio de impresiones con mozos a quienes la decisión puede afectar, diálogos entre unos y otros, exposición de motivos a favor y en contra de lo que se piensa hacer y al fin todo queda listo y preparado. Un año más ha habido acuerdo, no podía faltar.

Una boina se llena con papeletas que contienen los nombres de todos los mozos, la otra con los nombres de las mozas, la Virgen y las papeletas en blanco. Sí, también a la Virgen se le cantan los mayos. Pero la Virgen no se puede vender, el mozo que le toca tiene que quedarse con ella; sin embargo se puede comprar¹ y raro es el año que no ocurre esto. Pero nunca hay problemas.

Todo parece estar ya a punto. Ya se ha trasegado cantidad de vino y algún que otro chorizo y longaniza. Se ven muchas caras alegres, algunas más alegres de lo que debieran.

COMIENZA EL SORTEO

Hay una tremenda expectación. Los nervios están a flor de piel. El corazón late un poco más de prisa.

La prepotencia de unos mozos sobre otros quedará después, durante la subasta, al descubierto. Pero en estos momentos, en estos precisos momentos, prolegómenos y hasta casi síntesis, todos los mozos son absolutamente iguales, todos parten desde cero, todos tienen las mismas oportunidades.

1. La Virgen no se podía vender pero sí comprar.

El sorteo es lo más democrático de la fiesta, hace tabla rasa de todo, no respeta noviazgos ni componendas, feos o guapos, jóvenes o más mayores. De todas estas minucias ya se ocupará la subasta, que todos los años, invariablemente, termina por hacer verdaderos estragos entre la juventud².

Se ha conseguido hacer el más completo silencio, el momento es importantísimo, hay que vivirlo sin perderse un detalle.

Un secretario está preparado con la lista de los mozos en sus manos, donde irá anotando después las «libras», pero en este momento no tienen nada que hacer, cada mozo retendrá en su memoria la maya que le toque, el secretario no tiene que anotar nada.

Otros dos ayudantes sostienen en sus manos y cerradas las boinas donde están las papeletas de los mozos y mozas.

Se llama a dos «pombos», manos inocentes, que irán sacando papeletas de las boinas, primero de los mozos y después de las mozas, —o invariablemente, es igual— se aprieta el círculo, se alargan los cuellos y se levanta la cabeza, con la boca semiabierta, ladeada la cabeza para captar mejor las voces, que no hay que perder detalle. Y comienza la función.

* * *

—Agapito Pérez. Silencio.

El otro pombo mete su mano en la boina de las mozas, saca una papeleta y grita fuerte el nombre³.

—Petra Gómez.

Y vemos a Agapito como empina la bota del buen vino y guiña uno de sus ojos pardos de mochuelo, como vulgarmente se les llama a sus ojos en el pueblo.

2. Cuando terminan la subasta se mezclan la alegría, la desolación, hasta la ira. Pero nunca pasa nada.

3. Creo que se actuaba así. O el propio mozo metía la mano y sacaba la papeleta, no lo recuerdo

–Pedro Martínez. Sigue el silencio.

–Pura Domingo.

Se oye una voz, casi un susurro, allá en el extremo del salón, donde hay un grupito de mozos bien cargados.

–La culona, ¡Agárrate bien Pedrazo...!

Y Pedro aguanta, no se da por enterado, ya vendrá la subasta y se sacudirá a su maya, o a lo mejor lo piensa mejor y se queda con ella; un poco gruesa sí que está, pero es majilla.

–Celestino Muñoz.

–La Virgen.

No hay ningún tipo de comentario. Celestino no dice nada, ni nadie se atreve a gastarle una broma, esto es muy serio. Celestino aguardará a la subasta y aunque él no puede vender a la Virgen ni pujar por otra maya, si hay algún santurroncete que le compra a la Virgen, que siempre hay alguno, pues bien.

Porque Celestino no tiene novia ni nada que se le parezca, poco se le ve en compañía de mujeres. No sabe bailar, pero el domingo no le importaría agarrarse a alguna, y seguro que no lo haría mal del todo. El vino –piensa Celestino– hace maravillas; él ya está metido en años, le llaman viejales. En fin, aguardará al final de la subasta, si su suerte ha sido la Virgen, pues el domingo le llevará la vela. Y quien sabe si cuando se entere don Tomás⁴ no le invita a unas sardinas escabechadas de esas que tan bien prepara su casera.

Los ambientes se ponen tensos.

4. Don Tomás Arce, sacerdote muy recordado en Bezas, no por todos bien querido, por su especial carácter y forma de ser. Su comportamiento pastoral tuvo de todo. Juzgarlo con imparcialidad resultaría difícil.

No ha salido aún ninguna guapa, aunque sí alguna gorda. El vino corre alegremente pero ha amainado un tanto la algarabía, se toman posiciones de seriedad, hay que estar muy al tanto de la subasta. De un momento a otro, cuando ordenen los mayores, puede terminar y quedarse uno con alguna moza que no es de su total agrado.

* * *

Y así poco más o menos, con estos pensamientos, con la idea fija –muchos de los mozos– en la subasta, porque el sorteo no les favoreció. Con la emoción contenida por muchos, que les ha tocado la que querían; con la desilusión de otros que les ha tocado una muchachita a la que no tendrá más remedio que vender. Transcurre el célebre sorteo por el que han ido pasando las guapas, las menos guapas, las feas –si es que hay alguna, que siempre las hay– las gorditas, y las flacuchas y desgarbadas –que también las hay– las jovencitas, las menos jóvenes, las morenas, las rubias –de éstas pocas, pero hay alguna– las blancas, todas, todas, ni una sola se quedará en la gorra.

ESTO ERA LA SUBASTA

Hay que contar con la hora de la noche, el tiempo que se ha invertido en los preparativos y desarrollo del sorteo, puede que haya consumido demasiado espacio.

A las doce de la noche hay que comenzar a cantar, por consiguiente se impone la necesidad de acomodar el tiempo que queda hasta dicha hora y de ello dependerá el ritmo de la subasta.

Pero los mozos se saben esto de memoria. No se si alguno lleva reloj; pero ya lo verán, se pasarán poquísimo de la hora prefijada para empezar a cantar. A esas alturas de la noche el reloj de la iglesia marca pausadamente el tiempo, su campana toca todas las horas, alguien avisará cuando se oiga “media para las doce”.

Después de un pequeñísimo descanso, para así dar tiempo a preparar y repasar las listas, comienza lo bueno, lo que más gustaba a los mozos de mi pueblo, la esencia de la fiesta, la auténtica hora de la verdad.

Es la oportunidad que se da a los mozos, a todos los mozos sin distinción, para que reparen los desaguisados que ha cometido la fortuna. Porque en verdad, sin la subasta la fiesta quedaría incompleta y hasta es muy posible que terminase a farolazos.

* * *

No, no es fácil comprender los sentimientos de cada mozo.

Piénsese, la novia de uno bailando toda la tarde del domingo –o solamente parte– con tu mayor contrincante. A dos hermanos, primos o hijos de familias enfrentadas, etc., etc.

Con todo, seguro que muchos criticarán la subasta; pero yo sinceramente creo que es oportuna.

No pongamos vestimentas inoportunas a la figura. Que no es eso. Casi con toda seguridad que a la subasta se llegó por convencionalismo puro. Que nuestros abuelos eran muy simples, que nadie lo duda, pero no tontos.

Pasa el tiempo y la subasta no ha comenzado, vamos a ella.

–¡Silencio...!

Celia Sánchez. Una voz responde, una libra. Otra que añade, tres libras más por Celia. Pausa y se sigue.

–Juana Hernández.

–Marina Pérez.

Andresa Muñoz. Interviene el novio de esta moza, a quien por cierto le tocó en suerte la novia del hermano de Andresa. Y como todo se queda en casa, pero al mozo no le gusta quedar mal, ofrece por su novia

cinco libras –él puede pagarlas– y a Andresa le ha de gustar mucho el detalle.

El secretario lleva bien la cuenta. Anota a continuación de cada maya las libras que se pagan, que cantará a la vez que el nombre, para que no haya dudas o malos entendidos.

–Antonina Pérez (es que en Bezas hay muchos Pérez).

Guapa chica esta Antonina, por la que enseguida se pujan diez libras de una vez. Esta moza dio mucha guerra entre los mozos, llegaron a pagar por ella cincuenta libras. Es una moza muy maja, no tiene novio aún, y hay varios que se beben los vientos por ella.

–Caya Izquierdo.

–Rosita Villalba.

–Isabel Clemente. Dos libras por Isabel, se oye. Al fondo del salón otra voz, dos libras más encima, –éste es el novio de Isabel, que hace poco sale con ella, pero ya declarado– y habrá más lucha por Isabel. Hay un “echao palante” que se la disputa al novio y algún otro que dará mal, esto se venía oyendo hace días.

Pero hoy es el día de la verdad. No sirven las habladurías de días anteriores. Hoy públicamente, ante esta Audiencia general que juzgará implacable, pero que al final sabrá comprender y perdonar, los mozos tendrán que lanzarse al ruedo sin temor, haciendo frente incluso al ridículo –que alguna vez se roza– pero si no lo hacen hoy, ya durante el año habrá pocas ocasiones para manifestar públicamente la admiración por una moza de su agrado. No faltarán otras fechas. Simplísimos, pero encantadores y ocasionales encuentros “premeditados”. Pero los Mayos son otra cosa.

* * *

Soñando un poco, hablando para sí mismo, muy quedo para que no se oiga, porque lo que piensas es para ti. Con conciencia perfecta de lo

que se piensa y dice, pero temeroso de que hijos y mozos actuales te oigan, se puede afirmar que uno añora aquello.

De momentos extraordinarios, maravillosos, se podrían catalogar los que se vivían en la fiesta de los Mayos.

Dos mocetones apuestos, con la brutalidad propia de la época, pero nobles, que no piensan que la disputa por la posesión de una maya implique otra cosa que no sea pura lealtad a unas costumbres y una fiesta, cuando precisamente hasta ese día ambos han mantenido en secreto sus intenciones. Y podían haber seguido cada uno por su lado con su particular lucha –que es lo que al final harán– mas han querido medir aquí sus fuerzas públicamente.

Y en esto no hay nada que pueda considerarse como una transgresión de la intimidad privada. Hay un juego que todos acatan por igual. Mientras no se vulneren las reglas establecidas, todo vale, se puede luchar con las armas que uno tenga a su alcance, la finalidad ya se conoce, recaudar dinero para la fiesta.

Los momentos son sumamente difíciles. Uno se encuentra ante todos los mozos del pueblo, también ante los hermanos de la moza que a uno le pueda hacer ilusión.

Esto es así. Cuando uno compra a una moza pagará por ella lo que él ofrece y lo que ya pagaba otro por ella. Sin embargo, si quiere recuperar su dinero tendrá que esperar que alguien se la compre, porque si compra otra, entonces tendrá que pagar el importe de las dos; es decir, si un mozo se hace el propósito de no participar en la subasta de forma activa, para no gastar dinero, tendrá que limitarse a lo que el sorteo le depare y a la moza que le dejen; paga siempre el que compra y la moza que deja a otro es siempre sin cargo alguno. A simple vista parece todo esto un poco lioso, pero no es así. Discurren los acontecimientos con la mayor complacencia y tranquilidad, se comprenden fácilmente y jamás llegó nadie lisiado al domingo por eventos imprevistos. Es la fiesta.

AÑOS DE TEA Y CANDIL

No hay luna esta noche, la oscuridad es imponente, gordos nubarrones lo cubren todo, –eran los años de la tea y el candil que tanto duraron– y sin luz en las calles, solo un montón de sombras anónimas, que esconden así sus particulares muecas y gestos, inquietas, de un lado para otro, vociferantes, esperan a que se dé la orden de salir por esas calles a cantar los Mayos.

Una ronda cantará por el barrio de abajo, la otra por el barrio de arriba, para juntarse nuevamente en la plaza y si hay tiempo se discutirán algunos asuntos que han quedado pendientes. Este año el primer domingo de mayo es el día tres y ya estamos a día uno y por consiguiente el tiempo apremia.

Sí. También se ha oído un gallo y a estas horas de la noche, un tanto anormales para que los plumíferos entonen su quiquiriquí habitual, hace pensar a algún mozo, que cuenta las veces que el gallo canta a la vez que mira al cielo. Mañana, hoy ya, puede haber “aguas a mares” o pueden hacer “airosos soles”, según el gallo cante pares o nones.

Y los perros. Todos los perros del pueblo comienzan a alborotarse y a ladrar como locos. Ellos se han pasado un mensaje de uno a otro y ya están al corriente de lo que va a suceder un año más en el pueblo. Alguna mortecina luz se percibe por las rendijas de la ventana dejada así por la moza, alguien habrá encendido el candil para algún menester.

* * *

Y al son de la Jota de ronda, cada grupo parte a su punto de comienzo.

Van los mozos con mucha algarabía. Unos circunspectos, algo solemnes –con la solemnidad de un mozo de pueblo de aquellos–, otros arrogantes, intrépidos; otros marchan con algo de timidez, porque siempre lo fueron y éstos se unen a los pobres pombos, que descubrirán un año más también los misterios de esta maravillosa fiesta. Pero en el fondo

todos parten alegres. ¡Ah, los mozos...! Con toda seguridad que más de un padre está pensando en estos precisos momentos, que la ronda llega a su puerta a cantarle a su hija, en sus ya lejanos años de mozo rondador. Y vierte, envuelto en su cariñosa rusticidad, al oído de su adormilada esposa, un susurro apenas perceptible, que hará pensar a la pobre mujer que está soñando con algo que ya no puede ser. Y ambos callarán, seguro, porque han visto que una sombra sigilosa ha atravesado la puerta de la alcoba y se dirige a la ventana conteniendo el aliento y los latidos de su joven corazón.

Y otro padre, impaciente, celoso, que siempre lo fue; que no ha podido acostumbrarse aún a su estado de casado y padre; que todos los años corre al balcón a contemplar al menos por un momento la ronda que tan poco hace que abandonó, permanecerá esta noche con el oído en la ventana bien atento. Dicen que a su hija le cantarán los Mayos y no sabe si ponerse contento o triste. Cuando la ronda se paró en su puerta, señal indefectible de que a su pequeña le cantan los Mayos, volvió presurosamente a la cama, apretando fuertemente los labios, en un gesto mezcla de alegría y tristeza, dejando su lugar a la chica para que pueda seguir por primera vez como le cantan los Mayos, a ella.

Y esas dos mozas vecinas, casa por casa, que tan buena amistad se profesan mutuamente, que compartirán la misma cama esta noche y que no podrán pegar un ojo hasta que llegue la ronda, y que a lo mejor después, quien sabe, se enzarzarán en una amigable disputa, que poco a poco las conducirá a un estado de somnolencia y letargo, como preludio de un sueño encantador del cual tendrán que volver a la realidad que les deparará la mañana ya cercana.

Y surge la anécdota encantadora, tierna y cariñosa, de la madre alegre y joven, que junto a su jovencísima hija, frente a frente, con el oído apretado al frío cristal de la ventana, escuchó los Mayos y el nombre del mayo de su hija, y andando de puntillas se volvió a la cama gozosa, junto al bueno de su marido. Ella no quería decirlo, pero se supo.

Las rondallas han llegado a su sitio y comienzan a cantar.

Desde lo más alto del pueblo una, la otra desde el alto barranco, llegan a juntarse los claros y potentes ecos de las voces, los primeros versos, que se funden y confunden en una frenética amalgama estrepitosa y colorista.

Voces, muchas voces, música que apenas se oye. Perros que ladran como locos, gallos que cantan; alegría y risas, muchas risas. Ventanas que se iluminan súbitamente y otras que se apagan. Impaciencia, nervios, más alegría; conformación, rabia, emoción contenida, que se desborda, serenidad, lágrimas, lágrimas, ¡cuántas se derramarían todos los años para los Mayos...!

Y como contrapunto de todo esto que pasa esta noche en el pueblo, pero que alegrará todas las noches ya, el incansable, el indolente, el soberbio rruiseñor, también este año madrugador, que jamás falta a la cita; arriba entre las sargas del “puente viejo”, a mitad del curso del regajo, en las “trancas”, entre el sauce y la vieja higuera cuyos higos nunca maduran, y abajo en el “almagrero” en la frondosidad de las zarzas, y hasta desde “peña caída” entre majuelos y guillomos, cantan maravillosamente los Mayos desde no se sabe cuando a su hacendosa y muda pareja.

Y todos los años era igual.

La tonadilla era bastante monótona y simple.

Existía solista y coro, acompañados ambos por la música de una bandurria, un laúd y una o dos guitarras, que con el tumulto producido por el coro, sobre todo, apenas se oían.

El solista daba los dos primeros versos, contestando el coro con los dos siguientes. Si acaso se notaban ligeras modulaciones o tonos en las voces, que de alguna manera rompían la monotonía continuada y larga.

No obstante lo dicho, estoy seguro que la tonadilla de los Mayos de Bezas, sometida a depuración y refinamiento, podría deparar sorpresas

agradables al oído. Creo que, aún exponiéndome a cometer error, es lo que pasó con los Mayos de Albarracín, que supongo han sufrido modificaciones sustanciales en convertirlos en pieza popular del folklore moderno.

Estos son los Mayos

Solo: Ya estamos a treinta / del abril cumplido

Coro: Alégrate dama / que mayo ha venido

Solo: Si ha venido mayo / bienvenido sea

Coro: Que en llegando mayo / las flores se alegran

Solo: Ha venido mayo / por esas cañadas

Coro: Floreciendo trigos / granando cebadas

Solo: Vengo a dibujarte / de pies a cabeza

Coro: Pero no me atrevo / si no es con licencia

Solo: Como no contesta / la preciosa dama

Coro: Es prueba que tengo / licencia otorgada

Solo: Esa es tu cabeza / tan rechiquitita

Coro: Y dentro de ella / otra más bonita

Solo: Esos tus cabellos / sedosos y finos

Coro: Que quitan los rayos / al sol cristalino

Solo: Tu frente espaciosa / fue campo de guerra

Coro: Donde el rey de España / plantó su bandera

Solo: Esas son tus cejas / tan bien arqueadas

Coro: Son arcos del cielo / y el cielo es tu cara

Solo: Esas tus pestañas / tan largas y finas

Coro: Que en mi carne clavas / siempre que me miras

Solo: Esos son tus ojos / luceros del alba

Coro: Que cuando los abres / la noche se aclara

Solo: Tu nariz aguda / como fina espada

Coro: Que sin daño alguno / se clava en el alma

Solo: Esos tus oídos / son dos perlas de oro

Coro: Que con ellos oyes / lo que dicen todos

Solo: Esas tus orejas / con tus dos pendientes

Coro: Parecen campanas / llamando a la gente

Solo: Esa es tu boca / con su caja de dientes

Coro: Cuando tú sonríes / todos van a verte

Solo: Esa es tu garganta / tan clara y tan bella

Coro: Que el agua que bebes / se clarea en ella

Solo: Qué es eso que llevas / bajo la barbilla

Coro: Ese es sepulcro / para el alma mía.

Solo: Qué es eso que llevas / rodeado al cuello

Coro: Son las gargantillas / y la cruz de acero

Solo: Esos son tus hombros / son dos escaleras

Coro: Pa subir al cielo / y bajar por ellas

Solo: Esos son tus brazos / como finos remos

Coro: Con ellos ayudas / a los marineros

Solo: Esas son tus manos / pequeñas y hermosas

Coro: Todo lo que tocan / se convierte en rosas

Solo: Esos son tus dedos / cargados de anillos

Coro: Para mis pasiones / cadenas y grillos

Solo: Esos son tus pechos / son dos fuentes de agua

Coro: Donde yo bebiera / si tú me dejaras

Solo: Tu cintura un junco / criado en el río

Coro: Todos lo contemplan / cuando está florido

Solo: Ya vamos llegando / a partes ocultas

Coro: Donde yo no puedo / hacerte preguntas

Solo: Esas son tus piernas / tan bien accionadas

Coro: Por arriba gordas / por abajo delgadas

Solo: Esas tus rodillas / con tus dos bolillas

Coro: Cuanto vas andando / parece que brillan

Solo: Esos son tus pies / del oro macizo

Coro: Donde se sostiene / todo el edificio

Solo: Zapatito blanco / media colorada

Coro: La dama es pequeña / pero bien portada

Solo: Ya te he dibujado / todas tus facciones

Coro: Ahora falta el Mayo / que te las adore

Solo: El Mayo me ha dicho / que vendrá mañana

Coro: A darte la nueva / de mayo y su entrada

Y en forma de jota se terminaba cantando lo siguiente:

La dama querrá saber

el Mayo que le ha caído,

Antonio tienen por nombre

Domingo por apellido.

PIEZAS DEL ENGRANAJE

Cada una de las piezas que componían el engranaje de la fiesta tenía su particular importancia, que en conjunto condicionaban a sus protagonistas, sin que se salvase nadie.

Años durísimos marcados por mil miserias, comunes y particulares, llegadas la una tras la otra. Cuando se partía la sardina para dos chicos, recoger una docena de huevos suponía un considerable esfuerzo. Pero la docena de huevos jamás faltó a moza alguna con que poder obsequiar a su mayo.

Dura prueba la de la moza, que se pone colorada como un tomate, a la espera de que su mayo le cante esa mañana como ella sola cree merecer, o con la duda y el temor de que el mayo le cante y le diga algo públicamente que no acierte a comprender y que despierte las susceptibilidades y las sutilezas de estas gentes del pueblo, extremadamente sensibles y dadas a interpretar las cosas a su particular acomodo, siempre en doble sentido.

Terrible para el mozo, incapaz de disimular su tremendo azoramiento y nerviosismo. Allí, delante de la moza, de sus padres, de todos los mozos del pueblo, hecho un auténtico flan, calculando segundo a segundo, los que faltan para que la rondalla le dé la entrada. Pesa como una enorme losa el momento, hará un esfuerzo y le cantará, aunque sea mal,

porque es preferible cantar él a su maya a que otro le cante y además tener que pagar por ello, quizás la maya no se lo perdona.

Claro, también se podía ver al mozo que ya está a la vuelta de todo, que nada le impide estar ante la maya tieso como un palo, algo desafiante que sabe salir airoso de la situación.

* * *

Pasó el terrible momento, la prueba de fuego que tanto los mozos temían, y la ronda sigue.

El azorado, el atrevido, el pequeño o el grande, tendrán que acercarse a la maya a felicitarla, a la vez que recogen la docena de huevos que la moza les da y los deposita en la cesta que llevan los pombos.

¿Qué se han dicho los mozos en ese precioso momento de felicitar, que tan sonrientes se han separado?

Y la ronda sigue adelante, calle abajo, sin reparar en esa pareja de mayos que agota los momentos a la puerta de ella.

EPÍLOGO

Hoy, naturalmente, la mucho más feliz y al mismo tiempo atribulada juventud, que impone el trepidante ritmo de vida moderna, ni comprende ni está en disposición de valorar aquello.

Estas cosas sucedían no hace muchos años y se desarrollaban también en los últimos años de forma similar a cuando los mozos vestían calzón de cordellate y calzaban zuecos.

Pero yo creo sinceramente que sería un error calificar a la fiesta de los Mayos, como una simple feria o mercado de novias, como expresión de pueblos sumidos en el letargo de estratos culturales fosilizados.

En Bezas se perdieron los Mayos cuando hacía muchos años que se había desterrado el candil definitivamente, cuando los novios se

saludaban por teléfono, cuando ya en el pueblo se viajaba en automóvil particular.

¿Qué ocurrió pues con la fiesta de los Mayos?

Sencillamente, pertenecen a una cultura pasada, muerta.

Todavía se oyen los Mayos de Albarracín, en un alarde encomiable de recordar esa cultura de nuestro recientísimo pasado.

Pero estos Mayos televisivos y televisados ya no son igual. Yo diría que están un tanto adulterados, estilizados, puestos al día, interpretados por profesionales, más de cara al turismo consumidor de costumbres que a la satisfacción de los puros deseos y sentimientos de un pueblo que participa.

Hoy, como sucede a tantas cosas queridas nuestras, los Mayos son un nostálgico recuerdo, por mucho que en Albarracín intenten revivirlos una vez al año. Pero a mí me gustan.

Bienvenidos sean los Mayos una vez al año.

Agosto 1988.

Nota del Autor

Los Mayos que Manuel Polo Peyrorón incluye en una de sus novelas, así como la trama de la misma, me recuerda mucho la manera de expresarse de las gentes de la Sierra de Albarracín, tan rudas como sinceras y nobles, no sé en que porcentaje de cada, en sus trapicheos y vivencias cotidianas.

Las gentes eran así, activas, sinceras, generosas, –con matices– muy celosas de lo suyo y en cuanto de lo suyo se tratara. Un conjunto de tendencias muy singulares y de alto valor social, pero extremadamente susceptibles y profundas, con un alto grado de sordidez como efecto de su durísima vida en entornos agresivos.

Los escarceos amorios, por tanto, entre aquellas juventudes tan poco afortunadas, no irían mucho más allá de aquellos encuentros ocasionales y cándidos (?), si bien quien más quien menos se las “apañaba”, que en esas cosas valían las suspicacias, se les daba esquinazo a las fortalezas, mientras llegaban las bulas. Había que inventar algo, ¿asi nacieron los Mayos...?

Me costó hacer buena gimnasia mental para dar forma novelada a los Mayos de Bezas, en el año 1988, a pesar de conocerlos y haberlos vivido en la práctica.

Podemos imaginar el gran valor social y sentimental que los Mayos tuvieron para los jóvenes. Que fueron unos dignos predecesores de aquellas anticuadas y “zarrapastrosas” casas de arreglos matrimoniales, y antecesores al “distinguidísimo” internet que tanto mola y tantos fiascos da, pues claro

* * *

La nota es sincera. Las opiniones y criticas son absolutamente subjetivas. Siempre habrá alguien qua emita juicios de valor despectivos al sujeto y al predicado. Las verdades, a unos producen sonrisas y a otros picores. Pues, que se rían y que se rasquen.

JSV

Joannes J. Jensen, premio Nobel., en su novel Periplo Escandinavo, hace mención a las fiestas de Mayo, la Doncella Viajera dice:

Ha venido Mayo,/ la hermosa doncella,/
y lleva el verdor a los caseríos./
¡Recibid las hojas,/ recibid la vida,/
mozos y mozas,

..., ...

